

KEVIN J. VANHOOZER

**EL DRAMA
DE LA DOCTRINA**

Una perspectiva canónico-lingüística
de la teología cristiana

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2010

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.



Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Esteban Peña Eguren sobre el original inglés
The Drama of Doctrine. A Canonical-Linguistic Approach to Christian Theology

© Kevin J. Vanhoozer 2005
Westminster John Knox Press, Louisville, Kentucky 2005
© Ediciones Sigueme S.A.U., 2010
C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1739-0
Depósito legal: S. 408-2010
Impreso en España / Unión Europea
Imprime: Gráficas Varona S.A.
Polígono El Montalvo, Salamanca 2010

CONTENIDO

<i>Presentación para la edición española</i>	11
<i>Y a la primera edición</i>	12

INTRODUCCIÓN

El camino de la verdad, la materia de la vida	17
---	----

I

EL DRAMA

1. El evangelio como teo-drama. La voz y el actor divinos	59
2. La teología en el teo-drama. La voz y el actor humanos	83
3. La naturaleza de la doctrina. Una propuesta dramática	105

II

EL GUIÓN

4. Palabra e Iglesia. El canon como documento de la Alianza	153
5. Escritura y tradición. Dos modos (o más) de interpretar la representación	195
6. Jesús, Espíritu, Iglesia. Escritura y tradición en perspectiva teo-dramática	237
7. La obra del Espíritu en las prácticas del canon	265

III

EL DRAMATURGO

8. Teología como dramaturgia	301
9. La aproximación canónico-lingüística I. <i>Scientia</i>	325
10. La aproximación canónico-lingüística II. <i>Sapientia</i>	375

IV
LA REPRESENTACIÓN

11. La doctrina, el papel dramático y la vocación. La preparación de los actores	443
12. La doctrina y la Iglesia. La compañía de teatro del evangelio ..	485

CONCLUSIÓN

Credos, confesiones y el pastor-director. Doctrina y teología en el teatro de la acción de las congregaciones	539
---	-----

<i>Bibliografía</i>	555
<i>Índice de nombres</i>	567
<i>Índice general</i>	571

Al parecer, a nosotros, los apóstoles, Dios nos ha destinado al último lugar, como condenados a muerte; nos ha convertido en espectáculo para el mundo, tanto para los ángeles como para los hombres (Pablo de Tarso, *Carta primera a los corintios* 4, 9).

Dumas padre enunció un gran principio cuando dijo que, para escribir un drama, un hombre necesita una pasión y cuatro paredes (Willa Cather, *The Novel Démeublé*).

«Theologia non est habitus demonstrativus, sed exhibitivus».

La obra es la cosa (William Shakespeare, *Hamlet*, acto II, escena II).

PRESENTACIÓN PARA LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Es un auténtico privilegio y un placer presentar la traducción al castellano de *El drama de la doctrina* en la patria de Pedro Calderón de la Barca (1600-1681), el eximio dramaturgo del Siglo de Oro español, pues precisamente fue su obra *El gran teatro del mundo* (1635) la que me dio la idea de la que ha nacido este libro. En el citado drama de Calderón, Dios es el director y el mundo es su escenario; en él, cada persona que llega a la existencia recibe el vestuario correspondiente al papel que se le ha asignado. Por su parte, el apuntador anima a cada actor a «hacerlo bien, porque Dios es Dios».

Calderón se educó en el colegio que los jesuitas tenían en Madrid, y aunque comenzó en su juventud los estudios religiosos, no se ordenó sacerdote hasta los cincuenta y un años. Durante la mayor parte de su vida fue dramaturgo, componiendo decenas de comedias para el consumo popular en los corrales. Después de su ordenación, sin embargo, se dedicó a escribir autos sacramentales –alegorías en un acto que ilustran el misterio de la eucaristía–, los cuales se representaban cada verano en la fiesta de Corpus Christi.

Nuestro dramaturgo nunca permitió que su ortodoxia cristiana hiciera que sus obras se centraran en cuestiones abstractas. De hecho, sus personajes se enfrentan a los problemas reales de la vida, pero de tal forma que su fe marca la diferencia. Por este motivo podemos afirmar que esos dramas constituyen el máximo ejemplo de la fusión de la vida secular y religiosa en la España del siglo XVII.

¿Qué tienen en común un teólogo protestante norteamericano del siglo XXI con un dramaturgo español del Barroco? El público que asistía a las representaciones de Calderón no estaba formado por espectadores, sino por «oyentes»; en efecto, aquellas personas iban a «oír», más que a ver una obra. Como teólogo, también yo estoy muy interesado en ayudar a la gente a escuchar la «obra» y la palabra de Dios –lo que denomino aquí teodrama, siguiendo a Balthasar–, y en colaborar con la Iglesia para representar adecuadamente la palabra de Dios en el gran teatro del mundo contemporáneo.

Considerando que Calderón hizo teatro a partir de la teología, pienso que la tarea de la teología es la de proporcionar dirección teatral a la Iglesia. Así,

desde mi punto de vista, a la doctrina le corresponde ser el director que orienta la participación eclesial en el montaje del drama de la redención, el gran teatro de la Palabra de Dios y el Espíritu. La teología es la fe que busca una comprensión práctica; por su parte, la Iglesia demuestra su comprensión de la fe al decir y hacer aquello que los discípulos deben decir y hacer para seguir a Jesucristo en los nuevos escenarios culturales. El objetivo último de la doctrina cristiana consiste en formar no tanto espectadores como testigos (por usar las categorías de Gabriel Marcel); no observadores pasivos, sino personas implicadas y capaces de encarnar el Espíritu de Cristo.

Y A LA PRIMERA EDICIÓN

En el corazón de la cristiandad se halla una serie de acontecimientos que impresionan muy vivamente y que, en su conjunto, constituyen el evangelio de Jesucristo. El evangelio –la graciosa auto-comunicación de Dios en Jesucristo– es intrínsecamente dramático. ¿Cómo ocurre entonces que la doctrina cristiana aparece tan frecuentemente, por contraste, como algo insulso? No sólo insulso, sino débil. Alan Wolfe, un sociólogo de la religión, sostiene que la doctrina ya no desempeña ningún papel significativo en la vida y el pensamiento de los cristianos corrientes: «El hablar del infierno, la condenación y hasta el pecado se ha sustituido por un lenguaje de comprensión y empatía carente de aserciones. Ya nadie discute sobre doctrina y teología; si la mayoría de los creyentes no es capaz de recordar, ni aunque le vaya la vida en ello, qué diferencia a Lutero de Calvino, no hay necesidad alguna para la controversia y el cisma en que estos reformadores, como tantos otros dirigentes religiosos a través de los siglos, se vieron envueltos»¹. Mientras que la generación anterior pudo hablar del «extraño silencio de la Biblia en la Iglesia»², la cuestión que hoy urge es lo que Wolfe denomina «la extraña desaparición de la doctrina en la Iglesia»³.

Sin duda, los censores no estarán de acuerdo sobre la exactitud del análisis de Wolfe. No obstante, hay abundantes pruebas anecdóticas que sugieren que puede tener bastante razón. Para muchos, en nuestra edad post -

1. Alan Wolfe, *The Transformation of American Religion: How We Actually Live Our Faith*, Free Press, New York 2003, 3.

2. Cf. James D. Smart, *The Strange Silence of the Bible in the Church*, Westminster Press, Philadelphia 1970.

3. Cf. Wolfe, *The Transformation of American Religion*, cap. III, cuya primera sección se titula «La extraña desaparición de la doctrina en el protestantismo conservador», p. 67.

moderna «sentir es creer»; formular las propias creencias en términos de doctrina se considera innecesario, imposible o un factor de división. Los miembros de las Iglesias importantes encuentran cada vez más difícil articular los rasgos distintivos de sus respectivas confesiones, y los miembros de las mega-Iglesias tienden a pensar que están más allá de las confesiones y los nombres que las diferencian⁴. La tesis de Wolfe, aunque presente sus grietas y lagunas, bosqueja un cuadro verosímil y alarmante: «A las Iglesias evangélicas les falta doctrina porque quieren atraer a nuevos miembros. A las Iglesias importantes les falta doctrina porque quieren retener a sus miembros, cuyo número va en declive»⁵.

El drama de la doctrina sostiene que no hay tarea más urgente en la Iglesia que demostrar la comprensión de la fe viviendo en la verdad con otros ante Dios. Defiende además que la doctrina es un auxilio indispensable para la comprensión y la vida en la verdad. La doctrina constituye un ingrediente vital de la salud de la Iglesia, una ayuda vital para su testimonio público. No hay problema con la doctrina *per se*, sino con una imagen de la doctrina, o quizá con varias imágenes, que nos han tenido cautivos.

Las páginas que siguen presentan metáforas nuevas para la teología (dramaturgia), la Escritura (guión), la comprensión teológica (representación), la Iglesia (compañía) y el pastor (director). Se sostiene en ellas que la doctrina, lejos de carecer de relación con la vida, sirve a la Iglesia guiando a sus miembros en el proyecto de vivir con sabiduría, para gloria de Dios. Se proponen convencer tanto a los ministros como al pueblo de que no desprecien la doctrina como algo irrelevante, y buscan animar a los teólogos para que no descuiden las necesidades de la Iglesia. La meta de este libro es lograr que el cordero pastoral yazga junto al león teológico, o dicho con otras palabras, refutar de una vez por todas ese lugar común que es la dicotomía entre la doctrina y la vida real. La doctrina cristiana nos guía en el camino de la verdad y de la vida, y por tanto no es sino una prescripción para la realidad.

El mismo proceso de escribir este libro resultó más dramático de lo que había previsto. Mientras lo redactaba, me topé con un buen número de nudos tanto conceptuales como personales; de conseguir desatarlos dependía en gran medida mi identidad como teólogo cristiano: ¿practico lo que predico? No lo suficiente. ¿Soy evangélico, ortodoxo, católico o una combinación de todo eso? Sí. ¿Es posible seguir subrayando, con la Reforma, la primacía de la Escritura en una era postmoderna, que en gran medida enfoca las cuestiones del significado, el conocimiento y la verdad en términos de prácticas humanas y tradiciones de investigación? Léase la parte tercera. ¿A qué Iglesia local debo unirme? A la presbiteriana. Menciono estas cosas de pasada

4. Así *ibid.*, 74.

5. *Ibid.*, 87.

para aquellos que suelen interesarse por los autores. Otros lectores querrán saber algo sobre mi ubicación ideológica. Delimitar dónde me sitúo en el mapa de la teología contemporánea es, en efecto, un tema capital de este trabajo. La búsqueda de identidad personal y teológica tiene un formato narrativo; cuando este relato se vive con otros, se convierte en drama.

Otro punto nodal de la trama merece una mención especial. Con bastante independencia de las habituales premuras de tiempo, he sentido la constricción del tema mismo: periódicamente parecía cobrar vida por sí solo y se resistía a mi voluntad de autor. Se oye a menudo que los personajes escapan a veces del control de los autores. Así pasa en algunas obras. Comencé el libro bastante convencido de que la suficiencia de la Escritura significaba que la verdadera cuestión para discernir si los cristianos vivimos conforme a la Biblia era la obediencia: ¿prestaremos obediencia a lo que oímos? Sigo pensando que la espiritualidad de cada uno influye decisivamente en su teología, pero he tenido que replantearme lo que atañe a la suficiencia de la Escritura. El resultado fue que mi esquema original y mi propósito de escribir un libro breve quedaron en la cuneta. En concreto, lo que tendría que haberse tratado en un solo capítulo –la relación entre Escritura y tradición– se transformó de hecho en cuatro capítulos: toda la segunda parte. Este replanteamiento me llevó también a atribuir un papel más positivo a las nociones de «tradición» e «improvisación» de lo que de antemano me proponía.

Vivimos en una era de cambios dramáticos e incluso epocales; el paso, por ejemplo, de la modernidad a la postmodernidad, el final de la guerra fría, el pluralismo religioso... Quizá estemos siendo testigos de cambios semejantes en la teología. El tiempo está maduro para convergencias y alianzas nuevas, quizá incluso sanadoras, entre un conjunto significativo de lo que hasta no hace mucho se llamaba el «espectro roto» de la teología cristiana. El sistema bipartito –conservadores y liberales– ya no parece adecuado para describir lo que está ocurriendo. Hace unos veinte años, George Lindbeck lanzó una especie de manifiesto a favor de una teología posliberal, cultural-lingüística, y de una teoría regulativa de la doctrina. Este libro propone una teología postconservadora, canónico-lingüística, y una teoría directiva de la doctrina que arraiga con más firmeza la teología en la Escritura, a la vez que mantiene el acento de Lindbeck en la práctica.

La reforma de la Iglesia no el objetivo de la obra, pero sí aparece en su horizonte. Lo que contiene el presente libro es una consideración de la doctrina que abre un camino por el que puedan avanzar tanto la teología como la Iglesia superando la fatal dicotomía entre la doctrina y la vida. Diré de la teología lo que Samuel Johnson decía de Londres: el que está cansado de la doctrina, está cansado de la vida, porque la doctrina *es* la materia misma de la vida. La doctrina cristiana es necesaria para que el hombre florezca; sólo la doctrina nos muestra quiénes somos, por qué estamos aquí y qué te-

nemos que hacer. El tópico de que la doctrina es una cosa seca y polvorienta no deja de ser una floja caricatura de la realidad, que es fuerte y tensa. La doctrina tiene que ver con energías y acontecimientos que son tan reales y tan potentes como cualquiera de los que conocemos en física o química: energías y acontecimientos que pueden poner patas arriba el mundo actual, y en los que estamos insertos como participantes que desempeñan un papel según el cual hablan y actúan.

Parte de la energía que espero comunicar en este libro puede verse eclipsada por su grosor. Mi intención primitiva era la de escribir un manifiesto breve y constructivo. ¡Ese libro *está* aquí, aunque haya que buscarlo! Animo a aquellos lectores más interesados en mi teoría directiva de la doctrina que en mis opiniones sobre otros temas, a que lean sólo los capítulos finales de las partes I y II. Los demás capítulos de dichas partes incluyen discusiones más detalladas de las tesis contemporáneas de la teología, a la luz de las cuales intento situar mi propuesta. En cambio, quien quiera conocer bien mi tesis, deberá leer por entero las partes III y IV.

Quisiera dar las gracias a John Stackhouse por invitarme a escribir un artículo sobre el método teológico que ha sido el germen de esta obra; y a Carey Newman, por invitarme a convertir aquella lección en un libro. También doy las gracias al grupo nocturno de discusión Northside Theology –David Cunningham, Steve Long, Mark McIntosh, A. K. M. y Margaret Adams– por el intercambio de ideas sobre una versión resumida del libro durante un estadio crucial de su gestación. También saqué provecho del proyecto Common Root –discusiones entre teólogos de la Trinity Evangelical Divinity School y el Mundelein Seminary de St. Mary’s University–: algunas de esas discusiones me dieron mucha luz sobre la naturaleza del evangelio en las tradiciones evangélica y católica. También he aprovechado los comentarios que me hicieron los participantes en la Ward Consultation in Theological Education de 2004. Doy las gracias a los valientes que asistieron a la presentación, en seis semanas, del contenido de este libro, como parte de la Lay Academy de la First Presbyterian Church (Libertyville, Illinois).

Dos de mis alumnos, J. T. Paasch y Daniel McClain, digirieron ávidamente y debatieron conmigo los tres primeros capítulos en varias sesiones bien impregnadas de café. Doy también las gracias a tres estudiantes de doctorado: a Lisa Sung y Adam Co, por sus comentarios a varias partes del libro, y a Michael Sleasman, por corregir el texto y eliminar redundancias: un servicio por el que, sin duda, muchos lectores le estarán asimismo agradecidos. Mi colega Doug Sweeny leyó un borrador de la conclusión y señaló una laguna importante en mi argumentación, que enmendé, espero que a su satisfacción. Debo especial gratitud a otros dos alumnos. Dan Treier ratificó la naturaleza dramática del proceso de escritura llamándome la atención sobre ciertos problemas que había en un borrador previo. Sus con-

tinuas ideas y críticas me llevaron a reelaborar el argumento más de lo que lo habría hecho de no ser por él. Fue el crítico-pastor ideal, que supo cuándo y dónde condenar, cuándo y dónde consolar, y en qué medida. Y Sam Wells me ayudó a confiar en mis intuiciones sobre la improvisación compartiendo conmigo el manuscrito de su libro *Improvisation: The Drama of Christian Ethics* antes de que sus editores levantaran el telón.

Estoy encantado de dar las gracias a mis dos hijas, Mary y Emma, por haber sido unas espectadoras tan entusiastas y estimulantes cuando a veces ensayé con ellas palabras, tropos y argumentos. También doy las gracias a mi mujer, Sylvie, por acompañarme a ver bastantes obras de teatro en Chicago, siempre para cumplir con el deber de la «investigación».

De modo más general, quisiera dar las gracias a muchos amigos y colegas que han contribuido al renacimiento contemporáneo de la teología cristiana, sobre todo a los que han participado en las varias Dogmatics Conferences que organicé cuando enseñaba en la Universidad de Edimburgo. La disciplina goza hoy de mucha mejor salud que hace una generación, cuando estudiaba la licenciatura. Entre los numerosos teólogos cuya obra me ha ayudado a ver un camino más allá del estéril *impasse* conservadores-liberales permaneciendo generosamente ortodoxo, déjese me mencionar, además de a los ya nombrados, a Gary Badcock, Colin Gunton —ya fallecido—, Bruce McCormack, Francis Watson y John Webster.

Dedico este trabajo a Nicholas Lash, cuya experta supervisión de mi tesis doctoral en Cambridge me ha sido de gran utilidad con mis propios estudiantes de doctorado, y cuyo «representar las Escrituras» se ha ido instalando en mi mente desde la primera vez que lo oí en un seminario de la D Society en el «Trimestre de san Miguel» de mi primer año de doctorado, en octubre de 1982. En aquel momento no fui consciente de que estaba trabajando con la persona que más tarde sería considerada «un ejemplo de teología postmoderna en la tradición anglo-americana»⁶. Seguro que él no estará de acuerdo con todo lo que dice este libro, pero quizá se dé cuenta de que podría haber sido peor si no fuera por su influencia.

6. Brad Kallenberg - Nancey Murphy, *Anglo-American Postmodernity: A Theology of Communal Practice*, en Kevin J. Vanhoozer (ed.), *The Cambridge Companion to Postmodern Theology*, Cambridge University Press, Cambridge 2003, 26.

ÍNDICE GENERAL

<i>Presentación</i>	11
---------------------------	----

INTRODUCCIÓN

El camino de la verdad, la materia de la vida

I. El escenario: La teología y el giro cultural-lingüístico	19
II. La tesis: la perspectiva canónico-lingüística	36
III. La visión: una ortodoxia evangélico-católica	47
IV. La trama: breve sinopsis	54

I

EL DRAMA

1. EL EVANGELIO COMO TEO-DRAMA. LA VOZ Y EL ACTOR DIVINOS	59
I. Entradas, salidas y la economía del evangelio	60
1. Entradas	62
2. Salidas	62
3. La economía del evangelio y la Trinidad económica	64
II. TEO-drama: palabra y acción de Dios	67
1. Palabra de Dios	67
2. Acto de Dios	69
3. TEO-drama	72
2. LA TEOLOGÍA EN EL TEO-DRAMA. LA VOZ Y EL ACTOR HUMANOS	83
I. Teología teo-dramática: la voz y la acción humanas	83
1. Teología y discurso sobre Dios	83
2. Teología como acción ante Dios	85
II. La misión de la teología y las misiones trinitarias	86
1. Prescripción contra la «ortodoxia»	87
2. Palabras y actos trinitarios: el «principio de la Escritura».....	90
3. El teo-drama como misión	96
4. Teología como misión	99
3. LA NATURALEZA DE LA DOCTRINA. UNA PROPUESTA DRAMÁTICA	105
I. Conocer a Dios en verdad: Lo que Londres y Broadway tienen que decir a Jerusalén.....	107
1. Conocer a Dios y el teatro participativo	107
2. Conocer al Dios trinitario en el drama de la redención	109
3. «Ningún otro drama»: «Dramatis personae» heterodoxas	110

II. Las naturalezas de la doctrina: proposiciones, poemas y prácticas	112
1. Doctrina como épica	113
2. La doctrina como poesía	121
3. La doctrina como una práctica historiada	124
III. La doctrina como dirección teo-dramática	132
1. La superioridad de la interpretación dramática	133
2. La definición: «Dirección para una participación adecuada en el drama de la redención»	135
3. «¿Palabras felices?». Doctrina y desarrollo	144

II EL GUIÓN

4. PALABRA E IGLESIA. EL CANON COMO DOCUMENTO DE LA ALIANZA	153
I. La experiencia del «camino a Gaza»: «De acuerdo con las Escrituras»	154
1. El papel del Espíritu Santo	155
2. El papel de la tradición apostólica	155
3. El papel de la Iglesia	156
4. El papel del texto canónico	157
II. ¿Por qué el giro canónico? Problemas y posibilidades	159
1. El problema de la autoridad	161
2. El problema de la identidad	164
III. El canon como alianza: la Escritura constituye la Iglesia	174
1. La fuerza de la ley: la deconstrucción de las constituciones	175
2. Canon y alianza	176
3. Canon y tradición: la comunidad de la alianza	181
IV. El canon como criterio: la Escritura lleva la batuta	184
1. Por qué falla supuestamente el canon	184
2. Cómo lleva la batuta el canon	189
5. ESCRITURA Y TRADICIÓN. DOS MODOS (O MÁS) DE INTERPRETAR LA REPRESENTACIÓN	195
I. La Escritura se convierte en tradición: ¿La eclesiología como teología primera?	198
1. «Pro Ecclesia»: argumentos a favor de la «Tradicición»	200
2. Los usos de la tradición en la teología reciente: preliminar	205
II. Representación II: La comunidad interpretativa es la autora y directora	211
1. Interpretación posmoderna de la representación	214
2. Interpretación de la representación posliberal	218
3. Interpretación de la representación eclesial	223
III. Representación trinitaria: discurso canónico divino	225
IV. Representación I: La comunidad interpretativa responde y actúa	229
1. Representar el teo-drama: responder al guión del dramaturgo	229
2. ¿De quién es la obra?	232
6. JESÚS, ESPÍRITU, IGLESIA. ESCRITURA Y TRADICIÓN EN PERSPECTIVA TEO-DRAMÁTICA	237
I. Una hermenéutica de la recepción pneumatológica: ¿La Iglesia como representación del Espíritu?	240

II. «Commisio»: el canon y la autoridad profética de Jesucristo	244
1. El riesgo de la subordinación	244
2. El canon de Jesucristo: agencia de comunicación por encargo	246
3. El Espíritu como «ejecutor» de la Palabra	249
III. Discernir la tradición «llena de Espíritu»: La Iglesia como historia de efectos canónicos	251
IV. El modelo de autoridad eclesial: la Regla de fe entendida canónicamente	255
1. ¿La Regla como «canon»?	256
2. El canon como regla	259
3. Una autoridad sólo ministerial	261
7. LA OBRA DEL ESPÍRITU EN LAS PRÁCTICAS DEL CANON	265
I. Prácticas literarias: los géneros como tipos de acción social	266
1. Actos de lenguaje	266
2. Prácticas literarias	268
II. Prácticas canónicas y formas de vida según la alianza	270
1. Sobre la idea misma de la práctica canónica	271
2. Formas de vida según la alianza	274
III. Las Prácticas canónicas como prácticas de Jesús: leer «figurativa-mente» y orar las Escrituras	276
1. Una práctica de mirar: interpretar con Cristo	276
2. Una práctica de vida: orar con Cristo	280
IV. El canon como una práctica llena de Espíritu	283
1. Prácticas de autor llenas de Espíritu: la inspiración desde el punto de vista teo-dramático	283
2. Prácticas lectoras llenas de Espíritu: «sufrir» la autoría divina	287
V. La práctica del principio «sola Scriptura» y el papel de la tradición: el canon como criterio sapiencial	289
1. La práctica del «sola Scriptura»	289
2. «Sola Scriptura» y tradición	290
3. «Sola Scriptura» e Iglesia	292
4. Conclusión: el canon como norma teo-dramática y criterio sapiencial	294

III

EL DRAMATURGO

8. TEOLOGÍA COMO DRAMATURGIA	301
I. Presentación del «dramaturgo»	302
II. El teólogo como «dramaturgo»	305
1. «Scientia»: hacer exégesis del cristo-drama	305
2. «Sapientia»: continuar el cristo-drama	311
III. La fidelidad como adecuación dramática	316
1. El concepto de adecuación: actuar «sub specie theo-dramatis»	316
2. Adecuación al texto canónico	319
3. La adecuación al contexto contemporáneo	320
9. LA APROXIMACIÓN CANÓNICO-LINGÜÍSTICA I. <i>SCIENTIA</i>	325
I. Una teología post-proposicionalista	325
1. «Scientia» y proposicionalismo	326

2. En contra del proposicionalismo	328
3. Pluralidad canónico-lingüística	333
4. Más allá de la revelación proposicional	337
II. Una teología postconservadora	340
1. Rehabilitación de las proposiciones: la imaginación cognitivo-poética	340
2. La antigua disputa y el retorno de la forma	343
3. La adecuación de la verdad: hacia un realismo experto	349
III. Una teología postfundacionalista	357
1. Dos tipos de postfundacionalismo	358
2. La racionalidad como cartografía canónica	360
3. El conocimiento de Dios en perspectiva teo-dramática	368
10. LA APROXIMACIÓN CANÓNICO-LINGÜÍSTICA II. <i>SAPIENTIA</i>	375
I. Una teología prosaica	377
1. ¿Es prosa toda la teología?	377
2. Contextualizar el teo-drama: el telón de fondo cultural	379
3. Un Espíritu prosaico	387
II. Una teología fronética	395
1. El regreso de la sabiduría práctica	396
2. Percibir la particularidad: «ser muy consciente y sensible»	405
3. Improvisación fiel	409
4. Los universales canónicos y la comprensión creativa	420
III. Una teología profética	432
1. Protesta: entre el evangelio y la cultura	433
2. Testimonio: el ser-hacia-la-resurrección	435

IV

LA REPRESENTACIÓN

11. LA DOCTRINA, EL PAPEL DRAMÁTICO Y LA VOCACIÓN. LA PREPARACIÓN DE LOS ACTORES	443
I. Teatro de la identidad: convocatorias de reparto, representación del papel y ser uno mismo	444
1. La representación del papel: el problema de la hipocresía	445
2. ¿Persona o «persona»? El yo en perspectiva teo-dramática	447
II. El «método»: del personaje a la formación espiritual	450
1. La construcción del personaje: Stanislavski	451
2. Una dieta de doctrina: adecuarse espiritualmente	457
III. De la doctrina a la identidad: expiación y unión con Cristo	463
1. El clímax teo-dramático: «Roto, ensangrentado, afligido... por ti»	464
2. La identidad teo-dramática: ser «en Cristo»	478
IV. La vocación del discípulo: ser auténtico	480
1. Crecer en el papel: la identidad como tarea	481
2. Dar testimonio de Cristo: la vocación se convierte en identidad	483
12. LA DOCTRINA Y LA IGLESIA. LA COMPAÑÍA DE TEATRO DEL EVANGELIO	485
I. La Iglesia como teatro: el espacio vacío	487
1. Teatro muerto	489
2. Teatro santo	491
3. Teatro vital	493

II. Un teatro de palabra y sacramento: representar el «Corpus Christi» ...	494
1. ¿Teatro sacramental?	495
2. Teatro celebrativo: el culto litúrgico	496
3. Ser ministros del teo-drama con la Palabra y el Sacramento	498
III. Una comunidad de «intérpretes de época»: el teatro interactivo como «communio»	501
1. Teatro interactivo: «Todo para todos»	502
2. Una interpretación colectiva: hacer la verdad	507
3. ¿Una interpretación comunitaria? Herejía, ecumenismo, excomunión	511
IV. Representar la expiación: un teatro martirial	517
1. Teatro revolucionario: la compañía de la cruz	518
2. Un teatro profético y martirial: espectáculos de fe y esperanza	520
3. Un teatro prosaico de la reconciliación: espectáculos de amor	526
4. Un teatro fronético de santa locura: espectáculos de sabiduría cruciforme	531
V. Alegato en favor de la teología «amateur»: actuar por medio de parábolas	535
1. Por amor al arte	535
2. Ensayo del reino de Dios	537

CONCLUSIÓN

Credos, confesiones y el pastor-director.

Doctrina y teología en el teatro de la acción de las congregaciones

I. Dirigir la compañía: teología pastoral	541
II. Una obra de arte teatral: teología del credo	543
III. Teatro regional: teología confesional	545
IV. Teatro local: teología de las congregaciones	548
<i>Bibliografía</i>	555
<i>Índice de nombres</i>	567